



La creación de este ambiente repercute sobre la sociedad creando una psicosis de angustia y de miedo que no corresponde a las posibilidades de riesgo denunciadas.

EN la campaña de denuncia del aumento de delincuencia se hacen unas afirmaciones que son por lo menos ambiguas. Por ejemplo, la permanente acusación a la juventud: en los titulares de los sucesos, en los periódicos, se hace citar siempre cuando el delincuente es joven, y no cuando tiene otra edad. No se tienen en cuenta, al contabilizar los delitos cometidos por jóvenes, las proporciones de la población por edades (en el censo global de 1970, la población española de menos de veinticinco años era el 43,2 por 100 de la totalidad), como tampoco se tienen en cuenta los supuestos delitos específicamente juveniles (fugas del hogar, prostitución juvenil, situaciones irregulares de menores, etcétera).

NO se trata aquí de negar que haya una delincuencia en las grandes ciudades, que esa delincuencia pequeña o menor haya aumentado sensiblemente; ni siquiera se trata de justificar la existencia de esos delitos por la presión social. Se trata, sobre todo, de poner en guardia a todos contra la campaña del miedo. Sus dos vertientes más concretas son: a) Magnificar la realidad de esta delincuencia, multiplicando su existencia por una publicidad exagerada; y b) Atribuir a la blandura de la democracia y a la incompetencia gubernamental este aumento de delincuencia. Esto sucede incluso con los desgraciados sucesos que abundan como consecuencia de la movilidad social. En el reciente y trágico suceso de los colegiales ahogados se han oído voces, de la izquierda como la derecha, culpando a la autoridad de la mala señalización de las carreteras o de la falta de auxilios rápidos a las víctimas y para el rescate de cadáveres.

LA creación de este ambiente está repercutiendo sobre la sociedad: está creando una psicosis de angustia y de miedo que no corresponde a las posibilidades de riesgo denunciadas. La ruina de los "empresarios del ocio" porque los españoles salen poco a la calle está compuesta de una serie de factores muy distintos: no se sale de noche porque los horarios no están adecuados a los de trabajo, porque las distancias entre los centros de habitación y los centros de diversión son cada vez mayores, porque estamos atravesando una crisis económica general, porque no hay transportes nocturnos, porque desde hace muchos años los ciudadanos están sometidos a una campaña de estado para que no salgan de noche (incluso la televisión ha ido adelantando su horario de cierre). Y, entre otras cosas, porque hay mayor delincuencia. Pero un factor trascendental está en la creación del miedo. "Con las primeras sombras de la noche, los vecinos se acuartelan tras las puertas blindadas de las casas", decía el titular de un periódico reciente ("ABC", 25 de abril): la ridiculización enfática de ese título, que no corresponde en absoluto a la realidad, es una de las razones del miedo ciudadano.

PUEDE producir algo más que este retraimiento ruinoso: puede producir la defensa propia ciega, el linchamiento, la ley del Far West. Una especie de "xenofobia interior", un odio al inmigrante y al extranjero. Una patología de la sociedad que produzca situaciones más graves que aquellas que se pretenden denunciar. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

LIMPITOS Y BIEN PEINADOS

ALFREDO Semprún, cronista de sucesos, paseaba por Perpignan cuando oyó que le llamaban y se asustó: podían ser los de la ETA, que le tienen amenazado. "Pero cuando vi —explica— que era un joven limpio y con el pelo cortado me tranquilicé, porque inmediatamente pensé que era una persona de derechas". Era, efectivamente, Lerdo de Tejada, acusado de la matanza de laboristas en la calle de Atocha y fugado de prisión. Alfredo Semprún tenía razones para estar tranquilo.

Pero el intrépido periodista deberá revisar sus ideas de fislognomía. Los otros ya no tienen la "greña jacobina" que tanto asco daba a don Antonio Machado, que fue precisamente a morir, huyendo de los limpios y pelicortos de la derecha, a poca distancia del lugar de este encuentro histórico, en Gollitoure, cerca del campo de concentración donde agonizaban los residuos desgredados y sucios del Ejército republicano. La izquierda tiene una nueva imagen. Entre el Santiago Carrillo de "torpe aliño indumentario" —por seguir citando a Machado— que habitaba el largo tiempo del exilio, y el elegante diputado de ahora, con las corbatas bien elegidas y bien entonadas, hay un abismo. Y entre el Felipe González de los primeros tiempos, que parecía haber hecho voto laico de no llevar corbata, y el elegante miembro de la "jet society" que vuela a ver cómo van las cosas en América cada vez que van mal en España, otro abismo. Ya decía Carlyle que la moda era fundamental. Estos atavíos explican más que un curso de eurocomunismo o que una conferencia sobre socialdemocracia.

La idea de la izquierda sucia, además de una noción de la propaganda, viene de los tiempos en que el jabón era exclusivamente de la derecha. Luego la derecha comprendió que era más útil vender su jabón a la izquierda; y sus aparatos sanitarios y hasta su champú. Así nació la sociedad de consumo y se han perdido las señas de identidad. Don Alfredo Semprún está anticuado y ya no hay manera de distinguir entre el energúmeno de la izquierda y el señorito fino de la derecha, a no ser que uno se fije con más detalle en si lleva porra, cadena o pistola en el bolsillo. Y esto también viene dejando de ser un dato fiable.

Pero convengamos en que, por esta vez, su instinto por las apariencias ha sido recompensado con un éxito periodístico de primer orden: el hombre limpio y de pelo corto era de los suyos. Y además pudo aclarar sus buenas intenciones al acudir al despacho de los laboristas de Atocha el día de autos: creía, solamente, que iba a dar una paliza. No a matar. Ahora es cuando, desgraciadamente, se va a ver obligado a hacerlo: se va de mercenario a África del Sur, donde los rojos son negros. No negros porque no se laven, porque sean sucios: sino, simplemente, porque son negros. Aunque según otras versiones, se va a la Argentina. Donde apenas quedan rojos, y son difíciles de identificar: profesores de Universidad, periodistas, escritores, abogados o médicos: personas con el pelo corto y perfectamente limpios. Quedan, eso sí, un poco sucios cuando aparecen en el barro de una quebrada, rebozados en su propia sangre, algo mutilados en los días de secuestro. Pero se les entierra en seguida, y ya no dan asco. ■

POZUELO